

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, lowercase, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Desfases del Este con el Oeste [Offsets of East and West]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Kis, Janos
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-07 11:04:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220776

Desfases del Este con el Oeste

Kis, Janos

Janos Kis: Dirigente del Movimiento Alianza Democrática de Hungría. Coloquio
¿Adónde va el Este?

Hace seis meses el primer gran interrogante habría sido: ¿es posible el sistema pluripartidista en el Este? La pregunta ha sido respondida por la historia y podemos ya pasar al segundo: ¿qué partidos llenarán el espacio político abierto por la democratización? Creo que esta cuestión es extremadamente importante y no sólo porque la respuesta decidirá el carácter de la democracia caso por caso. Sino porque no sólo debemos crear un sistema democrático sobre las ruinas del totalitarismo, sino también reintegrar o reunificar por primera vez Europa como entidad política o suprapolítica.

Evidentemente, para crear una Europa verdaderamente unida no basta que los sistemas políticos sean análogos al Este y al Oeste. Es preciso también que la estructura de los partidos políticos se homologue, que haya conformidades, paralelismos, que los partidos principales de Europa occidental encuentren sus homólogos en el Este. Se dice que una misma tendencia, la de la socialdemocracia, parece ser dominante tanto en el este como en el oeste de Europa. Esta conclusión me parecen estimulante pero un poco pretenciosa. A priori, pensaría que tras una interrupción de 30 años de tradiciones políticas que no siempre se entroncaban con la tradición política moderna, no es muy probable que encontremos la misma estructura de valores políticos y las mismas sensibilidades en el Este y en el Oeste. Pero estas sospechas coinciden con algunos inconvenientes cuando leo los datos empíricos. Me referiré al caso de mi patria: en las respuestas a la encuesta publicada por los periódicos organizadores de este coloquio «si hubiese que celebrar elecciones legislativas en los próximos días, ¿por qué partido votaría usted?», se da un 37% favorable a la socialdemocracia. Pero dos encuestas de opinión realizadas el mismo mes de febrero en Hungría otorgaban sólo un 4% a idéntica opción.

Creo que esa disparidad tiene una explicación. Sobre todo lo que salta a la vista es que el partido socialdemócrata figura aquí en una lista de partidos que no existen en Hungría en la hora actual. Esta lista es de partidos virtuales, y el partido socialdemócrata que figura en esta lista no es un partido actual, representa para el interrogado sólo una virtualidad. Si se formulara la misma pregunta con la lista de partidos existentes las respuestas serían bien distintas.

Propongo que hagamos exactamente eso. Y entonces veremos que se plantean problemas cuya respuesta nadie conoce y que hace difíciles las previsiones. El primer problema es el de que antes de la II Guerra Mundial en esta región europea el terreno político estaba ocupado por movimientos que en Occidente se hallaban marginados. Movimientos autoritarios, monárquicos, corporativistas, nacionalistas, tradicionalistas. Sin embargo, estas tradiciones se han visto interrumpidas tras la guerra mundial. Las situaciones a las que respondían no estaban resueltas ni superadas, por tanto nadie es capaz de predecir con qué violencia renacerán en nuestra región. El centro del terreno político en Occidente, los partidos socialdemócratas o los democristianos, han evolucionado enormemente desde fines de la II Guerra. Pero sus homólogos en el Este no han conocido esa evolución. Es difícil señalar la rapidez con la que se superará este desfase.

El tercer problema es el de que al menos en determinados países de la región el espacio político está ocupado por movimientos muy recientes, por organizaciones que extraen su legitimidad de una tradición que nada tiene que ver con la socialdemocracia o el movimiento democristiano, partidos liberales, etcétera. Se trata de Solidaridad en Polonia; Forum en Checoslovaquia, y en Hungría la Alianza Democrática, heredera de la oposición democrática de 1970. Pero en este momento es difícil situar estos movimientos en relación con Occidente. Si se me planteara la pregunta de si la Alianza Democrática es un partido socialdemócrata o liberal, me hallaría en un apuro. Y no porque no haya reflexionado ni porque me considere incapaz de responder a cuestión parecida. La dificultad estriba en que determinadas estructuras de partidos modernos no se distinguen suficientemente entre sí. Hace cien años había diferencias categóricas. Un liberal jamás habría aceptado una intervención del Estado en la economía, incluida la seguridad social obligatoria, porque ello se consideraba un atentado a la libertad individual. Un socialdemócrata debía tener predilección por una economía estatizada y por la planificación central. Sin embargo, estas diferencias se convirtieron en graduales. Dicho esto, pienso que no hay diferencia política real entre liberalismo y socialdemocracia, y estoy seguro de que la pregunta que me planteo y no puedo responder tendrá una respuesta tarde o temprano, pero no será de carácter doctrinal. La dará la evolución del arraigo social de los nuevos partidos.

La razón por la que no se puede responder a la cuestión de qué clase de partido es la Alianza es que tras la descomposición del totalitarismo, la democratización marcha al ritmo desigual. Hay cierto número de partidos, pero no verdadero pluralismo en el movimiento, si se puede hablar en el momento actual de movimiento sindical en Hungría. El sindicato estatal está debilitado, pero sigue ahí. Los sindicatos

independientes son demasiado débiles. Por tanto, la cuestión es saber cómo superar la situación de ambigüedad política. Hay dos tácticas: una, la que ha seguido el partido socialdemócrata, que dice que tenemos necesidad del movimiento sindical, y como los sindicatos independientes son muy débiles, habría que arrimarse a los sindicatos tradicionales. Hay quien dice que mientras existan los viejos sindicatos jamás habrá sindicatos libres. Hay que atacar a los antiguos sindicatos estatales, último bastión del sistema totalitario Partido-Estado. Esto lo decimos porque los sindicatos antiguos defienden de manera demagógica el sector más retrasado, los puestos de trabajo en las empresas con pérdidas y que deberían estar cerradas. Estos sindicatos carecen de legitimidad para pactar con el Gobierno la modernización económica, que es la forma en que se debe tratar el subempleo temporal. Creo que la Alianza ocupará el espacio de centro-derecha de la socialdemocracia. Esto sucederá si los nuevos sindicatos se robustecen. Pero si prevalecen los viejos sindicatos, será el partido socialdemócrata el vencedor. Pero tendremos un partido socialdemócrata ligado al pasado, y esto será muy peligroso para la modernización de Hungría.

Quiero referirme finalmente a la cuestión del nacionalismo. Hay que afrontar de manera concreta los problemas no resueltos, y concretamente el de que el destino de la democracia húngara dependa del destino de la democracia en un país vecino, Rumania. Estoy convencido de que si en las fronteras presentes de Rumania la minoría húngara ve sus derechos reconocidos, la democracia húngara no estará en peligro. Pido a quien se crea demócrata y europeo, rumano, húngaro y polaco, serbio o croata, búlgaro, ruso, francés, que no olviden trabajar por una Europa en la que las fronteras sean hoy aceptadas por todo el mundo, precisamente porque hayan perdido su importancia.